

CONTINUA
EL MARTIROLOGIO
LATINOAMERICANO

América Latina es el más católico de los continentes. Pertenece a la órbita del mundo occidental, democrático y cristiano; y, sin embargo, es el continente que ha producido más mártires desde el Vaticano II. Y los verdugos de los cristianos no son, por cierto, miembros de la izquierda, tildada siempre de materialista y atea, sino los que quieren mantener sus injustos privilegios y defender la llamada civilización occidental, democrática y cristiana.

Todo esto se ha dicho muchas veces en los últimos veinticinco años desde que la persecución a los cristianos comenzó masivamente en el cono sur y Brasil y mostró después una increíble crueldad en Centroamérica -unos treinta sacerdotes asesinados en diez años-. Pero el constante y generoso goteo de sangre cristiana ha continuado en estos últimos años, a pesar de que se repite que en esta década América Latina está haciendo grandes avances en la democratización.

Ahora, sin embargo, se nota una importante diferencia: los mártires casi no son noticia. Antes, los asesinatos-martirios aparecían en la prensa,

causaban conmoción y sacudían a la opinión pública. El asesinato de Mons. Romero o el de las cuatro misioneras norteamericanas conmovió al mundo. Ahora continúan los asesinatos-martirios pero pasan casi desapercibidos. Alguna vez saltan a los periódicos pero rápidamente son ignorados. Es comprensible que los gobiernos latinoamericanos y el de Estados Unidos no aireen este tema, porque, aunque mínimo en cantidad, simboliza por la calidad de las víctimas y por las razones por las que fueron asesinadas, que las cosas no andan nada bien en América Latina. Tampoco la Iglesia institucional latinoamericana y mundial, con algunas excepciones, se conmueve con los mártires como debiera hacerlo. Lejos están los tiempos de Mons. Romero, quien veía en el martirio un símbolo del terrible pecado de injusticia estructural y del compromiso evangélico de la Iglesia. Ni siquiera se repiten las palabras de Puebla sobre los mártires, signos inequívocos de la opción por los pobres, orgullo e inspiración para toda la Iglesia. Indudablemente, hay excepciones. Pero, como no es fácil enfrentarse con la cruz y con los crucificados, como no es fácil denunciar a los responsables y al sistema que simbolizan, como no es fácil ver en el martirio la verificación más acabada de la fe cristiana, los mártires pasan al silencio con excesiva rapidez.

Este silencio es el que hay que romper porque sigue habiendo mártires; y sigue habiéndolos porque persiste la injusticia. Mártires son en primer lugar, los innumerables cristianos y cristianas sencillos, catequistas, delegados de la palabra, miembros de las comunidades que siguen siendo hostigados, amenazados, capturados y asesinados. Sus nombres casi siempre, son ignorados y sólo conocidos en sus comunidades que los veneran con respeto, esperanza y orgullo. Y lo son, también, los sacerdotes, religiosos y religiosas asesinados. Ofrecemos en este mismo número el relato del martirio más reciente, el del franciscano salvadoreño Fray Tomás, asesinado por la contra en Nicaragua. Asimismo, un peque-

ño florilegio de los últimos martirios, concentrándonos, como símbolo de otros muchos, en los sacerdotes, religiosos y religiosas asesinadas en tres países.

Brasil

Hace años, los cristianos brasileños sufrieron una cruel persecución bajo regímenes de la seguridad nacional. El régimen político ha cambiado, pero la injusticia institucional sigue predominando y por ello sigue produciendo mártires entre quienes defienden a los oprimidos.

El 23 de julio de 1985 fue asesinado el Padre Ezequiele Ramin por pistoleros a sueldo; su cadáver fue encontrado con 15 perforaciones de bala. Meses después fue también asesinado el sacerdote italiano Mauricio Maragliori en la región de Maranhão, después de ser torturado. La policía del lugar, ante la desaparición del sacerdote, propaló el rumor de que el padre había fallecido de un ataque cardíaco en la ciudad de São Luis. Pero la verdad es otra. Un portavoz del episcopado denunció el informe de la policía como falso y tendencioso; y la convicción de los cristianos brasileños es más bien que el sacerdote fue asesinado por defender a los posseiros, campesinos que se instalan en predios sin cultivar, contra los hacendados, ricos terratenientes. Esta interpretación está más que justificada, pues los conflictos entre hacendados y campesinos pobres ha producido ya decenas de cadáveres. Y como la Iglesia brasileña ha apoyado la reivindicación de los campesinos con respecto a la tierra, nada más normal que también sus sacerdotes sean asesinados.

El último mártir en Brasil ha sido el jesuita Vicente Cañas, español de nacimiento y brasileño por naturalización. Su historia tiene especial interés porque no sólo defendió a los pobres sino que se identificó hasta el final con los pueblos indígenas. Como Fray Tomás, Vicente Cañas era hermano coadjutor; no era, pues, sacerdote. Sus veinte años en Brasil fueron un proceso de ayuda, cercanía e

identificación con los pueblos indígenas. En 1969 tuvo su primer gran experiencia y su bautismo de fuego, de manera inesperada y trágica. Un periodista que formaba parte de la FUNAI fue a visitar al pueblo llamado "Beico-de Pau" en el Mato Grosso. El periodista estaba enfermo de gripe; y como los indígenas no tienen defensas contra las enfermedades del hombre blanco, su población casi desapareció. En contacto con los blancos sólo sobrevivieron unos 40 indígenas de los más de 600 que eran. El Hno. Cañas fue allá para ayudar al P. Iasi, también jesuita, a quien le habían pedido que ayudase a los supervivientes. Esta amarga experiencia, el ver desaparecer a casi todo un pueblo y el encontrar en él la verdad de la vida le marcó para siempre. Desde entonces decidió dedicar su vida a los pueblos indígenas. Así, en 1971 visitó por primera vez a los indios Myky hasta que en 1975 comenzó a convivir con ellos como uno más. Les ayudó a preservar sus tierras y cuidar de su salud, especialmente para hacerlos resistentes contra las enfermedades de los blancos; de los indios Myky recibió el nombre de Kiuxi. En 1979 fue a vivir con los Saluma, participaba de sus rituales y sobrevivía como ellos de la pesca, talla de piedras, búsqueda de miel, cestería, etc.

El 16 de mayo de 1987 encontraron el cadáver del Hno. Cañas, varios días después de haber sido asesinado. Los Enawene-Nawe, del pueblo de Saluma, lo enterraron según su propio ritual funerario, consumando así el proceso de encarnación indígena del hermano. Por qué lo asesinaron, lo saben muy bien los Saluma. No tienen ninguna duda: el Hno. Cañas defendió su cultura y sus tierras contra las agresiones de los terratenientes y de las empresas madereras, que roban la madera de los indígenas y van reduciendo su territorio. Por eso derramó su sangre.

México

En los últimos años varios han sido los sacerdotes asesinados en México fundamentalmente por la razón de siempre: su compromiso con los pobres. El martirio más reciente, el 20 de marzo de este año, ha sido el de la Hna. Luz Marina, religiosa misionera concepcionista de Colombia. Con anterioridad había trabajado siete años en Venezuela con los pobres. Ultimamente estaba en Cuajinicuilapa, estado de Guerrero, donde fue asesinada por el hijo y el tío de un hacendado. La razón inmediata del asesinato fue la de resistirse a ser violada; pero todo el contexto simboliza la opresión de los poderosos prepotentes hacia los pobres y débiles. He aquí una breve reflexión de quienes la conocieron, llena de poesía y de cristianismo, sobre su martirio y el de la mujer latinoamericana:

"En la noche, los dueños de las tierras, los dueños del sudor campesino, los dueños de toda carne fresca de mujer, aunque sea de la 'madrecita', te han sacado del rancho de Caritina y de su hija María Luisa, te han arrastrado hasta la cerca. Caritina te ha gritado: 'Camine con ellos, madrecita, que, si no, la van a matar'. Y tú, libre ante tu propio terror, te has resistido. Y ha sonado el disparo. La herida no es necesariamente mortal. Pero no hay médico ni enfermera. Y el terror es más negro que la noche. Y la sangre fluye humilde. Mujer pobre de América Latina. Una más.

Y bajo tu catre, largo silencio. Negro silencio. Solamente los brazos y el terror impotente de Caritina, también ella violada. Y de María Luisa, esperanza virgen en medio del barro y la brutalidad. Y tú, perdonando. Agradeciendo a Caritina que sea buena contigo. Y diciéndole que te mueres, que tienen que ser valientes. A las cinco de la mañana, cuando va a buscarte el

P. Roberto para empezar la jornada, te encontrará muerta, todavía caliente. Siete horas de brazos silenciosos y de sangre".

Meses después, como de costumbre, los asesinos seguían libres, aunque todo el mundo les conoce. Pero algo bueno ha traído este martirio de una religiosa indefensa: el pueblo se ha sacudido el terror y empieza a organizarse; y cuatro nuevas religiosas jóvenes de la misma congregación, procedentes de Argentina, han anunciado ya su llegada para trabajar en la misma zona.

Colombia

En la muy católica Colombia ha habido también muchos martirios. Según cable de la AP, desde 1983 a 1985 fueron asesinados seis sacerdotes y dos religiosas, además de varios catequistas. Cuando Juan Pablo II visitó Colombia en julio de 1986 escuchó un impresionante discurso de la comunidad india Paez, comunidad oprimida secularmente y en constante lucha por la defensa de sus tierras. Con orgullo de indios Paez y de cristianos proclamaron que dos sacerdotes católicos, el P. Pedro León Rodríguez y el P. Alvaro Ulcué Chocoé, único sacerdote indígena, ya habían derramado su sangre y la habían mezclado con la de sus hermanos.

Este discurso causó conmoción porque, como se recordará, los indígenas leyeron ante el Papa el texto original y no el texto censurado. Juan Pablo II les oyó con atención, conmovido; el Papa defendía a los indígenas colombianos. Pero nada de esto ha hecho amainar la persecución, antes al contrario. En lo que va del año son seis los sacerdotes asesinados, la mayoría en el mes de mayo. Terminaremos recordando brevemente sus nombres y las circunstancias de sus martirios.

A finales del mes de abril fue asesinado en Cali el sacerdote Luis Pérez, párroco de Salónica.

El 6 de mayo murió ametrallado en Medellín el P. Rubén Darío Vallejo, párroco de Ciénaga, junto con su sobrino que lo acompañaba. El 23 de mayo fue asesinado el P. Luis Gutiérrez, párroco de Necoclí, y encontrado muerto en su vehículo en la carretera que conduce a Turbo. El carro del Padre fue interceptado y tuvo que frenar bruscamente; después fue ametrallado. El último caso es el del P. Bernardo López, asesinado a la puerta de la Iglesia de Since por dos hombres que le dispararon desde una motocicleta causándole la muerte instantánea. Este caso ha llamado especialmente la atención, pues el sacerdote había tomado cargo de la parroquia pocos días antes del crimen; pero pronto se aclararon los motivos. Ya un año antes había sobrevivido a un atentado motivado por las denuncias desde el púlpito contra grupos paramilitares.

Este breve florilegio quiere ante todo llamar la atención sobre el hecho de los asesinatos-martirios para que no sean ignorados y menos ocultados. Pero facilita y exige también algunas reflexiones, pues de los crucificados -como se dice del siervo sufriente de Jahvé- proviene una luz que no se encuentra en otras partes.

1. **El hecho y sus causas.** El hecho es incuestionable: en América Latina se sigue asesinando a cristianos. Y si no hay reparo -como hemos visto- para asesinar a sacerdotes y religiosas, muchos menos miramientos habrá para asesinar a humildes campesinos o apartados indígenas cuando sea necesario. Pero hay que añadir un segundo hecho: no todos los cristianos se ven afectados por la persecución y la represión. Los movimientos religiosos, cristianos o sectarios, que tanto proliferan, que se dedican al puro cultivo de lo religioso sin ninguna incidencia histórica, no tienen dificultades con los poderes de este mundo; son más bien tolerados y hasta propiciados; no tienen por qué temer la persecución, sino que son presentados como buenos ciudadanos. Son más bien los cristianos fieles a Medellín y a la

opción de Puebla, los cristianos que se organizan en comunidades de base, los agentes de pastoral que defienden a los pobres y denuncian las atrocidades que se cometen contra ellos los que encuentran dificultades, son vistos con recelo y son tratados sin miramientos. Estos tienen en contra a todos los poderes de este mundo: los poderes económicos, militares, gubernamentales y las respectivas embajadas de Estados Unidos.

¿Y por qué? Monseñor Romero lo dijo con toda sencillez: "Se mata a quien estorba"; y hasta ahora no se ha encontrado una mejor explicación de tanta sangre derramada. Lo que hay que añadir, y Monseñor también lo veía muy claro, es que es imposible ser cristiano en estos tiempos y no estorbar. Algo hay de esencialmente incompatible entre la fe cristiana y la situación histórica del continente latinoamericano. Además del estallido de la violencia en algunos países, que hace verosímil que un lado trate de eliminar a otro -y recordemos que hasta ahora los sacerdotes y religiosas asesinados siempre han sido víctimas de la derecha-, la injusticia sigue siendo masiva en el continente. El ídolo de la riqueza está muy lejos de haber sido suprimido. Y, como decía Monseñor Romero, "¡Ay del que toque ese alambre de alta tensión! Se quema". Para defender a ese ídolo se ideó y puso en práctica, de las formas más burdas y crueles, la doctrina de la seguridad nacional. Ahora pareciera que en el continente se imponen procesos formalmente más democráticos. Pero como éstos tampoco se atreven a derribar al ídolo, éste sigue exigiendo víctimas. Sean campesinos o indígenas que buscan o defienden sus tierras, sean sindicalistas que luchan para que haya empleo, la respuesta es siempre la misma cuando tocan al ídolo: la persecución y la muerte. Y los cristianos con ellos.

La fe cristiana ha sido siempre un grave estorbo para mantener el reino de la injusticia que genera pobreza y muerte. Lo fue desde su fundador Jesús y lo sigue siendo en sus verdaderos seguidores.

Por ello asesinato y martirio se unifican en tantos que derraman su sangre. Con frecuencia aparece en este punto la casuística sobre el carácter de estas muertes: si se deben a la fe o a una ideología, si se muere por Dios o por una causa política. Pero la oscuridad de la casuística no debe hacer ignorar lo que está verdaderamente claro: el mundo de la injusticia odia al Dios de la vida y se construye otros dioses de muerte. Ese mundo para nada se preocupa de si la gente recita o no un credo; le gusta más bien que siga resonando ambientalmente el nombre de Dios o, más exactamente, de un dios. Pero cuando ese credo se lleva a la práctica, cuando se dice con la vida que se cree en el Dios de la vida, entonces no hay ningún miramiento. La causa de tantos asesinatos de cristianos en América Latina está en que defienden y luchan por la vida de los pobres con lo que realizan su fe en Dios.

2. El significado del martirio. "La sangre es la más elocuente de las palabras", decía Monseñor Romero. La muerte siempre es en sí misma una realidad trágica; pero, además, cuando es muerte martirial saca a luz y esclarece otras graves realidades que se desea mantener ocultas.

Históricamente, el martirio dice con toda claridad que hay un gran pecado en América Latina. Los mártires son, a la vez, producto y denuncia de esa realidad de pecado. Indudablemente no es necesario que se asesine a sacerdotes para saber que la situación latinoamericana es catastrófica para las mayorías populares y que la distribución de los bienes de la tierra sigue siendo sumamente injusta. Muchas estadísticas lo confirman; pero si son asesinados hasta los sacerdotes cuando se oponen a ello, es que la raíz de la injusticia es muy profunda. Muchos estudios dan a conocer que los pueblos indígenas en América Latina han sido diezmados, que muy pocos escrúpulos se tienen por hacerlos desaparecer, si es necesario ("Hace tiempo -desde que entré en contacto habitual con las poblaciones indígenas- que siento

la desaparición de pueblos enteros como un absurdo misterio de iniquidad histórica", dice don Pedro Casaldáliga); pero si hasta los religiosos que los defienden son asesinados, entonces es que la decisión es muy honda.

Los asesinatos de sacerdotes muestra también cómo anda la administración de la justicia en nuestros países. Si los crímenes se cometen con impunidad antes, durante y después de los hechos, si no se investiga ni se esclarece estos asesinatos, si no se juzga ni se hace juicio a los hechores, nada extrañará que la justicia sea inoperante ante los asesinatos de los campesinos y ante sus reivindicaciones en vida.

Y muestra también cómo actúan los medios masivos de comunicación, moldeadores de la opinión pública. Si las noticias sobre estos martirios apenas aparecen, si sobre ellos no se editorializa como si no diesen que pensar, se comprenderá qué poca importancia tendrá como noticia la muerte de los pobres, bien sea la muerte violenta y rápida que les sobreviene por la represión o la muerte lenta de cada día a causa de la injusta pobreza.

Todo esto ocurre en un continente en vías de occidentalización, se dice, y en un continente cristiano. Desde Medellín son miles y miles los cristianos perseguidos y asesinados, pero no hay una reacción correspondiente a la magnitud del hecho porque esto significaría desenmascarar cosas muy importantes de nuestro mundo. ¿Qué hubiese ocurrido si este mar de sangre cristiana ocurriera en el mundo socialista? Viene en seguida a la mente la reacción del mundo occidental ante el sacerdote polaco asesinado hace pocos años, aunque su caso fue investigado y su responsable juzgado y condenado. Viene a la mente toda la tinta que ha corrido contra la expulsión de sacerdotes y de un obispo en Nicaragua. El mundo occidental ve la paja en el ojo ajeno y se regocija en acumular hechos persecutorios contra la Iglesia en Nicaragua, analizándolos además muy

simplistamente; pero no ve la viga en su propio ojo. Le parece totalmente natural y connatural a otros mundos el que se persiga y martirice; pero no parece ni ocurrírsele que en este mundo democrático y cristiano sea hoy donde mayor se da la persecución a los cristianos. El presidente Reagan sigue invocando a Dios para atacar a cualquier movimiento izquierdista. Oliver North apela a la bienaventuranza de los perseguidos por causa de la justicia para explicar y justificar su ayuda a los contras; pero ni una palabra sobre el mar de sangre cristiana que baña el continente.

Los mártires desenmascaran, para quien tenga ojos para ver, que en América Latina algo anda muy mal, pues quienes defienden la vida de los pobres sólo encuentran dificultades y muerte.

Eclesialmente, los mártires son sumamente importantes. Ellos son la verificación más acabada de la fe en Jesucristo y de la opción preferencial por los pobres; son la verificación de que la Iglesia se ha hecho Iglesia de los pobres -como lo deseaba Juan XXIII, Medellín y Puebla-, de que se ha encarnado entre ellos, los ha defendido, ha cargado con el pecado que les oprime y ha corrido la misma suerte que ellos.

Teóricamente todos aceptan esto, pero en la práctica no es tan fácil asumirlo consecuentemente. Las comunidades sí celebran a sus mártires, los recuerdan con admiración y cariño, y de ellos sacan fuerzas para superar la flaqueza y el miedo. Don Pedro Casaldáliga organizó una jornada de tres días para recordar el décimo aniversario de los mártires brasileños. Pero en conjunto se nota cada vez mayor precaución eclesial al hablar de los mártires y en hacer de ellos algo central para la Iglesia.

La dificultad se comprende. Proclamar y recordar a los mártires es automáticamente una denuncia contra la sociedad que los produce; y supone, por lo tanto, correr riesgos. En situaciones de conflictos violen-

tos es comprensible también que la Iglesia hable más de paz y reconciliación, atempere su denuncia y no ponga en primer plano símbolos sangrientos, aunque sean los mártires. Pero dicho esto, sorprende el pequeño lugar que los mártires ocupan en la Iglesia; y esto no ocurre sin graves pérdidas para la misión y credibilidad de la Iglesia. Guardar excesivo silencio sobre los mártires es una forma eficaz de guardar silencio sobre la trágica situación del continente; y ésta es una verdad trágica. Si Medellín habló de los clamores de los oprimidos en 1968, si Puebla afirmó que aquellos clamores eran cada vez más claros, crecientes y amenazantes en 1979, ahora los clamores persisten y todas las estadísticas afirman que irán en aumento. Una importante forma eclesial de dar voz a esos clamores es recordar a quienes dan su vida por acogerlos y darles solución; y, a la inversa, ignorarles es una forma eficaz de silenciar los clamores del pueblo o de no darles el necesario volumen.

Es también difícil recordar a los mártires porque ellos son el modelo más acabado del ser cristiano, el espejo en el que todos deben mirarse en la Iglesia. Desde ellos se aprende, mejor que en ningún otro lugar, lo que es el anuncio de la buena noticia y la denuncia de la injusticia, lo que es la encarnación y la inculturación, lo que son los riesgos que hay que correr; pero se aprende también lo que es el gozo de haber encontrado el tesoro escondido del reino de Dios. Por ello la vida y la pastoral de la Iglesia debe hacer de los mártires algo central. No se trata, por supuesto, de incitar al martirio y exaltar la muerte por sí misma -peligro siempre presente en movimientos religiosos entusiastas-; pero sí se trata de encontrar en los mártires ánimo e iluminación. En cualquier caso, hay que evitar que, por miedo a la persecución y al martirio, la Iglesia pacte con una pastoral que no lleve a riesgos, que se concentre en las relaciones con Dios -por lo cual no será perseguida- pero que ignore la construcción del reino de Dios -lo cual siempre desenca-

dena la reacción del antirreino. Bastante de esto está ocurriendo; se está proponiendo modelos de pastoral para tiempos de "normalidad", como si el continente latinoamericano no estuviese en una situación crítica.

Las dificultades son reales, pero hay que seguir haciendo de los mártires algo central en la vida y la pastoral de la Iglesia, pues dos cosas sumamente fundamentales dicen al menos. La primera es el gravísimo pecado que existe en América Latina, que produce muerte, y que la pastoral tiene que tener en cuenta para denunciarlo, cargar con él y erradicarlo. La segunda es la inspiración para vivir la fe, la esperanza y el amor en estos países. Ellos son los que mejor recuerdan y presentizan a Jesús; y son, por lo tanto, los que mejor expresan lo que hoy debe ser el seguimiento de Jesús.

